

2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



Qué pregunta. No sé si podré responderla. En principio, a mí me parece que antes las cosas estaban bastante mejor, señorita periodista, qué quiere que le diga. Nosotros, de muchachos, hacíamos mucho más caso. Éramos más respetuosos. Ahora, no. Ahora, cada uno hace lo que se le antoja. Algo sé de lo que pasaba antes y de lo que pasa ahora, tengo ochenta y ocho años, nací en el año dos mil veintiuno. En julio, si Dios así lo permite, cumpliré los ochenta y nueve. Pero eso no tiene nada que ver. Volvamos a su pregunta. En Buenos Aires, seguramente debe ser distinto. Usted sabrá, que viene desde allá. Debe haber más controles y entonces la gente usará los trajes globo. Acá no. Se quejan de que son incómodos, de que les quedan mal, de que cuando se los ponen parecen astronautas, de que les molestan para maniobrar, de que no son libres con semejantes ropas encima y un sinfín de tonterías por el estilo. Por eso, señorita periodista, esto ya se sabía que iba a ocurrir. Todos sabíamos que iba a terminar mal. Estaba cantado. Lo veíamos venir. Al intendente no lo quieren ni los perros, esa es la pura verdad; es demasiado soberbio, el gordo Panissa. Su padre, el intendente anterior de San Carlos, era mucho mejor persona; con éste, en cambio, no se puede hablar, se piensa que se las sabe todas. Creo que es Licenciado en Oleaginosas y Afines. Capaz que es por eso. El padre no era nada, no tenía título universitario como él quiero decir, había sido empleado en el tren de alta velocidad y entonces actuaba con más humildad, no se llevaba a la gente por delante. Panissa, en lugar de hablar con los pibes y convencerlos, no, decidió que la solución pasaba por la mano dura. Ahí fue cuando contrató a uno de los que ahora mataron, a Tortani, y lo puso a cargo, con plenos poderes, de la Secretaría de Tránsito del Espacio Común. Tortani, el ahora difunto, no tenía ningún estudio especializado, sin embargo, supo darse maña, no era ningún tonto. Al principio, salía a perseguir a los pibes con los coches celestes. Pero los pibes se le escapaban. Siempre se le escapaban. Y encima se le reían en la cara. Entonces, con la sangre en el ojo, fue que se le ocurrió lo de la red. Un gran invento. Si hasta se lo copiaron en otros países y todo. Bueno, pero eso usted ya lo sabe, señorita periodista, Buenos Aires fue una de las primeras mega ciudades que adoptó el sistema de la *red caza fugitivos* de Tortani. Mejor volvamos acá, todo eso usted ya lo conoce. Entonces, y como le iba diciendo, acá, los Vigilantes del Espacio Común dejaron de utilizar los coches celestes y empezaron a salir, de a dos, en sus motos de aire. Uno conducía y, el que iba atrás, de acompañante, era el

que cargaba el caño de red. Y la cosa, por un tiempo, se calmó. Por un tiempo. No se vaya a creer que la paz duró mucho. Duró justo hasta que a uno cualquiera de los pibes del pueblo se le ocurrió la infeliz idea de inventar el *sable filoso*. Algunos pibes también son mañosos, no se vaya a pensar que todos son zonzos. Ni ahí. De más está decirle, señorita periodista, que la famosa red de Tortani era muy poco lo que podía hacer contra el sable filoso de los chicos. Muy poco. El sable las cortaba con facilidad. A los únicos que podían agarrar, entonces, era a los que andaban solos en sus motos de aire. A los que iban de a dos, por las dudas de que el que iba atrás llevara el sable escondido, ni siquiera les arrojaban la red; el intendente Panissa, por esos días, se había quejado del excesivo dinero que estaban gastando en redes y entonces Tortani prefería, desde cierta lógica, perder a sus presas y no perder el trabajo. Igual, señorita periodista, y a pesar de todas estas cosas que le conté, los accidentes se seguían produciendo. No hubo ninguna merma, a partir de la llegada al poder espacial de Tortani. Es más, hasta me animaría a asegurarle que se multiplicaron por tres o por cuatro. O incluso más. Los muchachos son rebeldes. En todas las épocas, los muchachos fueron rebeldes, en mi época también. Y entonces, claro, no les alcanzó con burlarse de Tortani. Fueron por más. A modo de venganza, dejaron de utilizar las avenidas aéreas determinadas por el municipio y comenzaron a volar con sus motos de aire por donde se les ocurría. Sobre todo los fines de semana cuando se emborrachaban o se drogaban. Ahí vino lo peor. Los choques se sucedían, quizá igual que antes, no sé, pero lo complicado era que los chicos caían en cualquier lado y, al caer, traspasaban los techos de las casas y, además de matarse ellos, mataban a la gente que, de manera inocente, estaba viendo la tele o durmiendo. Un horror. Hace un año, sin ir más lejos, en una misma noche de sábado, murieron siete personas: tres pibes motoaireros y dos parejas que estaban haciéndose mimos en un hotel. Por supuesto, en Buenos Aires ni se enteraron, seguramente en esos días había noticias más importantes que atender. Pero acá, al día siguiente, la gente se movilizó hasta la municipalidad para pedirle a los gritos al intendente que por favor hiciera algo al respecto. Otra oportunidad para el gordo Panissa. Otra oportunidad que desaprovechó. Prefirió, nuevamente, la mano dura. Destinó, mediante un decreto, el doble de dinero para la construcción de redes. Eso fue todo lo que se le ocurrió. La gente, de inmediato, se dio perfecta cuenta de que la decisión no era la adecuada y entonces los ricos, rápidamente, se mudaron a las afueras, a los sitios en donde no había tránsito de motos aéreas. Y aquellos a los que no les alcanzaba la plata para semejante mudanza, se decidieron por colocar colchones de aire en sus techos. Se imaginará, señorita periodista, de quién fue la idea de los colchones de aire protectores. De Tortani, por supuesto, querida. Incluso, la empresa que los confeccionaba y los colocaba

era del mismo Tortani y hay quienes repetían a los cuatro vientos que el gordo Panissa se llevaba una buena tajada en el negocio. No sé si es verdad. Eso es lo que se decía. Lo que sí es verdad es que, a partir de entonces, el malestar del pueblo, sobre todo de los que no habían podido mudarse ni acceder a la compra e instalación de los colchones de aire, fue incrementándose cada vez más. Por eso le dije al principio que esto se venía venir, que a ninguno nos tomó por sorpresa lo que ocurrió ayer. Iba a pasar. Tarde o temprano, iba a pasar. Claro que pasó en la madrugada del veinticinco de mayo. Y no de cualquier veinticinco de mayo, justo cuando íbamos a festejar el tercer centenario de la revolución patria. O por ahí pasó por eso. Qué sé yo. Como el gordo Panissa había preparado el festejo del aniversario con tanta alharaca, cuando todavía faltan demasiadas cosas en el pueblo, quizás eso fue lo que encendió aún más a la multitud. Aunque nunca se sabe qué es lo que enciende a una multitud. El hecho concreto es que se juntaron varias cuestiones. La primera, desde luego, son las doce caídas que se produjeron ayer por la noche. Doce, me entiende. Una de ellas acá en el patio de mi casa, supongo que por eso es que usted se acercó a entrevistarme. Yo estaba durmiendo. Tuve suerte de que no me cayó en la habitación, nunca pude ahorrar para el colchón de aire, soy jubilado, no sé si me comprende. Sin embargo, le juro que yo no salí a incendiar nada. Escuché el ruido del impacto y, de inmediato, llamé a la ambulancia celeste. No quise ir al patio solo. No me animé. Esperé a que llegara el médico y los enfermeros para salir junto a ellos. Me cuido, ya tengo mis años y el estrés no me hace nada bien. La segunda cuestión, como ya le dije, quizás haya sido la pomposidad con que el intendente pretendía festejar el nuevo centenario patrio. Y la tercera, la fundamental a mi leal saber y entender, fue la caída que sufrió la casa del polaco Sagasta. Sí, el polaco Sagasta, no me mire con esa cara. Polaco por parte de madre, no por parte del padre. No se ría. Así de confusas suelen ser, a veces, las herencias de apodos en los pueblos del interior. Pero déjeme continuar, señorita periodista, si no, esto se va a hacer eterno. La caída en lo de Sagasta, me da la impresión, fue la gota que rebalsó el vaso. Sagasta no es rico. Qué va a ser rico. Es un tipo labrador, tiene una vidriería. Y ahorró durante varios meses para comprarse sus colchones de aire protectores. Hizo colocar uno en el techo de la habitación de sus hijos y, después de un tiempo, cuando pudo volver a juntar plata, hizo colocar el de su propia habitación. Hacía menos de un mes que se lo habían instalado. La moto de aire cayó en su cuarto, el bendito colchón no la pudo contener y, casi en el acto, murió su señora. Qué le parece. Un drama. Y una estafa, además. El colchón de aire tenía todavía la garantía vigente. Trate de ponerse en el lugar del polaco, señorita; el tipo enloqueció, agarró un palo y se fue, así como estaba, medio desnudo, hasta la casa de Tortani y lo mató a palazos. Hacía rato que había salido el

sol, ya había gente en la calle, la gente se solidarizó, el polaco es muy querido en el pueblo, y entonces, en menos de un hora, mataron al resto de la cuadrilla de Vigilantes del Espacio Común y mientras tanto, con entusiasmo, quemaron todo lo que iban encontrando a su paso. Si no lo mataron al gordo Panissa fue porque no lo encontraron, parece que ni siquiera vive en el pueblo. Y eso es todo, señorita periodista, aunque no sé muy bien si le contesté lo que me había preguntado.